

después, presentóse en el castillo el cónsul de Inglaterra ofreciendo su mediación, que Bourmont no quiso aceptar. Dos nuevos parlamentarios siguieron al cónsul británico: un turco y un moro llamado Buderba, que había vivido mucho tiempo en Marsella y hablaba bien el francés. Este último hizo observar al general en jefe que los turcos veían en la palabra «á discreción» el sacrificio de sus personas y de sus familias, la pérdida de sus bienes, y que antes que sufrir tal condición, se sepultarían bajo las ruinas de la ciudad. Bourmont se limitó entonces á pedir la entrega de Argel y de sus fuertes; se respetaría la vida del dey, que podría retirarse con su familia, su servidumbre y sus riquezas particulares adonde le diese la gana; lo mismo podrían hacer los soldados de la milicia turca; los habitantes conservarían el libre ejercicio de su religión; las leyes, las costumbres y la propiedad serían respetadas; todo el mundo sería protegido en su comercio y en su industria. Aquella misma tarde, estas condiciones fueron aceptadas y firmadas por el dey.

El 5 de julio, por la mañana, veinticuatro horas después de la destrucción del castillo del Emperador, y veintiún días después del desembarco de las tropas en tierra africana, el cuerpo expedicionario entró en Argel, añadiendo al territorio francés vastas posesiones cuya conquista, fuente de riqueza para el porvenir, proporcionó desde el primer momento á la hacienda de la monarquía recursos superiores á los gastos que había ocasionado. Estos gastos ascendían á 48.500.000 francos. Un tesoro acumulado desde siglos hacía por los deyes y que fué escrupulosamente inventariado, hizo ingresar inmediatamente en las arcas del Tesoro 48.684.527 francos 94 céntimos, sin contar un valor aproximado de 11 millones de francos representados por lanas y géneros de toda especie, encontrados en los almacenes de la Regencia, y por 1.542 cañones, 674 de los cuales eran de bronce, y que constituían el artillado de Argel y de todos los fuertes dependientes de esta plaza.

El 9 de julio, un parte telegráfico de Tolón transmitió á París la noticia de tan brillante hecho de armas. Fijada en la Bolsa, mientras el cañón de los Inválidos la anunciaba á la población; publicada en los teatros y celebrada aquella noche misma con la iluminación de los edificios públicos, la noticia produjo en todas las clases oficiales un entusiasmo que contrastaba con el sentimiento de vaga inquietud que podía observarse en las demás clases, y que disimulaban bastante mal los elogios otorgados por los periódicos de oposición á las tropas expedicionarias. Según los liberales, el éxito de las armas francesas había de contribuir á que Carlos X extremara las medidas de violencia con cuya amenaza tenían preocupados á los espíritus.

El día 10, el arzobispo de París publicó un mandamiento anunciando que el día siguiente, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, se cantarían en la iglesia metropolitana un *Te Deum* al que asistiría el rey. «¡Tres semanas han bastado, añadía, para humillar y reducir á la debilidad de un niño á ese musulmán hace poco tan soberbio! ¡Así sean tratados doquiera y siempre los enemigos de nuestro señor y rey; así sean confundidos todos los que osan sublevarse contra él!» El día siguiente, recibiendo al monarca á la puerta de la catedral, este prelado le dijo, entre otras cosas: «La mano del Todopoderoso está en vos, señor. Que vuestra gran alma se haga cada vez más firme; vuestra confianza en el divino auxilio y en la protección de María, Madre de Dios, no será vana. ¡Pueda Vuestra Majestad recibir pronto de ella una nueva recompensa!»

El arzobispo de París ignoraba por completo las deliberaciones del consejo de ministros; hablaba como cortesano que conoce y quiere halagar las secretas pasiones de su rey; pero su lenguaje concordaba de tal modo con los rumores que circulaban sobre las violencias proyectadas por el gobierno, que sus oscuras y devotas exhortaciones al monarca parecieron alusiones directas á medidas de las cuales tenía noticia confidencial. La impresión de aquel lenguaje fué tanto más viva cuanto que el mismo día un periódico ministerial publicó las líneas siguientes:

«La ley que ha vuelto á traer á los 221 (los diputados que firmaron el famoso Mensaje) será cambiada. Lo será, antes de tres meses, por una ley, ó, si es preciso, por un decreto; lo será por una Cámara ó por el rey.»

Semejantes amenazas distrajerón la atención pública de los sucesos de Argel. El interés de esta guerra desaparecía ante la lucha electoral que en aquel momento se hallaba empeñada en París y en diez y nueve departamentos. El día siguiente, 12 de julio, se verificaban las elecciones aplazadas el 18 de junio. Los electores acudieron en masa á los comicios. París tenía que elegir ocho diputados; los nombres de los ocho candidatos de la oposición salieron de la urna casi por unanimidad de votos. En los departamentos la votación no fué menos desastrosa para el ministerio que la de la serie anterior. El resultado general de las elecciones de ambas series resultaba el siguiente: diputados á elegir, 428; diputados de la oposición, 270; ministeriales, 145; á los 13 restantes se los disputaba uno y otro partido. Pero todos aquellos nombramientos resultaban sin objeto: la nueva Cámara no había de reunirse bajo el reinado de Carlos X; hacía diez días que el consejo de este príncipe discutía una serie de medidas que habían de abrir el abismo en que él y su familia iban á verse precipitados.

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEXTO

Consejos de ministros celebrados en Saint-Cloud bajo la presidencia del rey; adopción de medidas ilegales.—Reuniones políticas.—*El Nacional*.—Situación política de Europa.—Carlos X y Polignac.—Fuerza del ejército; guarnición de París. Ofrecimientos de los jefes realistas del Oeste.—Saint-Cloud antes y después de la misa. El gabinete del rey. Consejo de ministros; firma de los decretos.—Periodistas y diputados. Reunión en las oficinas del *Nacional*. Protesta de los periodistas.—Agitación en la Bolsa, y en el Palais Royal. Tranquilidad de los ministros. El rey. Marmont en Saint-Cloud y en el Instituto.—Reunión de electores en la redacción del *Nacional*. Reunión de diputados en casa de Laborde.—Polignac y Carlos X.—Instalación de Marmont en el Carrousel.—La clase media, la Restauración y la clase laboriosa.—Los operarios de imprenta. El *Nacional* y el *Temps*. Autos de prisión contra 41 periodistas. Grupos en el Palais Royal; cargas de caballería; primeros tiros.—Reunión de diputados en casa de Casimiro Perier.—Primeras barricadas. Nuevas cargas de caballería. Tropas en movimiento. Incendio del cuerpo de guardia de la Bolsa.—Aspecto de París el 28 de julio. Destrucción de los escudos reales. Aparición de la bandera tricolor.—Carta de Marmont á Carlos X. Primer plan del mariscal. París declarado en estado de sitio.—Nueva reunión de diputados. Toma de posiciones de las columnas. Carácter de la lucha.—Segunda carta de Marmont á Carlos X. El mariscal y Arago. Orden de arresto contra siete diputados.—Entrevista de cinco diputados con Marmont.—Proposiciones de conciliación hechas por conducto de Vitrolles á Carlos X.—Situación de las tropas.—Saint-Cloud.—Escasez de víveres.—Abandono de Hotel de Ville. Concentración de tropas en el Louvre y en las Tullerías.

En el consejo celebrado el 4 de julio, los ministros discutieron ante el rey y el Delfín la situación que les creaba la vuelta segura de la Asamblea que les había negado su concurso. El presidente del consejo y tres de sus compañeros de gabinete se manifestaron dispuestos á retirarse, diciendo que su dimisión podía facilitar alguna nueva combinación ministerial favorable á los intereses de la monarquía. El rey no quiso admitirles la dimisión y les ordenó que examinasen de nuevo si el artículo 14 de la Carta autorizaba á la corona para tomar por sí sola las medidas que creyese necesarias para la seguridad del país.

En principio, la cuestión había sido resuelta por el consejo de ministros; éstos no se ocuparon ya más que de los medios de aplicación, siendo emitidas las opiniones más diversas, sin que prosperase ninguna. Lo que acordaron fué reemplazar el régimen electoral vigente y la última ley de imprenta con una nueva legislación que diese al gobierno toda influencia en la elección de los diputados y todo poder sobre la publicación de los periódicos. El rey, conforme con este acuerdo, manifestó que sólo faltaba examinar la cuestión de oportunidad. El señor de Polignac afirmó que había llegado el momento, pues se tenía noticia de secretas reuniones en el seno de París y de positivos proyectos de agresión contra el gobierno. «El espíritu de revolución, añadió el rey, no ha abandonado jamás á una parte de la población; se halla representado en la Cámara por la izquierda. Fingen ir sólo contra vosotros, pero van contra la monarquía. Me dicen: *Despedid á vuestros ministros y nos entenderemos*. Pero yo no os despediré; en primer lugar, porque os aprecio, y también porque si yo cediese á esa exigencia, me tratarían como trataron á mi pobre hermano; su primer retroceso fué la señal de su perdición; yo no quiero retroceder como él; sobre este punto tengo harta experiencia.» En apoyo de su opinión, el rey refirió que un inglés muy distinguido, perteneciente al partido radical, le había revelado, pocos días antes, los planes de la oposición izquierdista, tales como dicho extranjero los sabía del general Sebastiani. «Al rey se le quiere personalmente, ha dicho, al parecer, este general; pero la dinastía de los Borbones no

conviene á Francia: haremos los mayores esfuerzos para desembarazarnos de ella; y si lo conseguimos, aseguraremos á esta familia una existencia decorosa en país extranjero, por ejemplo, en Roma.» Esta anécdota pareció impresionar vivamente á los ministros á los ojos del rey, quien les dijo que aprobaba sus medidas y les encargó que se ocupasen sin tardanza de los medios de aplicación. Peyronnet redactó el decreto sobre el nuevo sistema electoral, y Chantelauze preparó el relativo á la imprenta, como también el dictamen que había de preceder y justificar esta doble violación del pacto constitucional.

Los rumores de reuniones secretas y de proyectos de agresión repetidos por Polignac no tenían más fundamento que ciertos informes de una policía menos amiga de la verdad que deseosa de hacer méritos en concepto del poder que la pagaba. La única organización política existente era la sociedad titulada *Ayúdame y el cielo te ayudará*, y ésta no conspiraba. Fuera de esta asociación, no hubo en aquella época más reuniones políticas que la celebrada en casa del duque de Broglie, uno de los jefes del partido constitucional en la Cámara de los pares, y á la cual asistieron, entre otros, los señores Molé, Sebastiani, Guizot y Odilon Barrot. Tratóse de la conducta que había de adoptar la oposición en caso de que el rey recurriese á medidas anticonstitucionales, y acordaron negarse individualmente á pagar la contribución, procurar que las Cámaras desechasen los presupuestos, en una palabra, resistir por todas las vías legales. «¿Y si esta resistencia resultase insuficiente? ¿Y si se recurriese á la fuerza?, ¿qué habría que hacer?» preguntó uno de los concurrentes. La pregunta originó algunos murmullos, y la reunión se disolvió sin haberla discutido.

La generalidad de los adversarios de la Revolución de julio han citado, como una prueba de la existencia de un complot cuya explosión evitó Carlos X recurriendo al artículo 14 de la Carta, la creación y la polémica del *Nacional*, periódico fundado con dinero de un gran número de liberales acérrimos y dirigido por Thiers, conocido ya entonces como publicista erudito, espíritu ágil y polemista audaz, á quien secundaban varios co-

laboradores de talento, tales como Carrel y Mignet. El *Nacional* conquistó rápidamente la atención pública por la vivacidad y el mérito excepcional de su redacción. El primer resultado de la campaña de este periódico fué el convencer á la inmensa mayoría de sus lectores de que la substitución de una rama de la familia real por la otra rama había de ser un remedio para la crisis interior de Francia. Esta opinión predominaba en la tertulia política de casa Laffitte, cuyo hombre político, seducido por las atenciones que le prodigaba el duque de Orleáns, se complacía en alabar la instrucción poco común y el liberalismo de este príncipe, y encontraba para estos elogios un eco complaciente en Benjamín Constant y en los generales Gérard y Sebastiani, admitidos como el propio Laffitte en la intimidad del Palais-Royal. En cambio Lafayette, cuya influencia era mucho mayor que la de dichos cuatro diputados, rechazaba toda idea de substitución de dinastía. Para él, la caída de los Borbones no debía ni podía tener más resultado que la proclamación de la soberanía nacional y la convocatoria de una Asamblea constituyente que fuese árbitra de los destinos del país decidiendo soberanamente la forma de gobierno y su ley política.

El duque de Orleáns seguía en su actitud de 1814 y 1815; acariciaba á la corte y halagaba á la oposición; mostrábase atento con Carlos X, y abría sus salones á los diputados liberales moderados, á los escritores, artistas y poetas de fama, cuya independencia chocaba con la malevolencia de la autoridad. ¿Se puede decir que el duque engañase á la corte en provecho de las miras ambiciosas cuya próxima realización se preparaba secretamente en torno de él y con su tácito consentimiento? Padre de una numerosa familia y poseedor de una de las más grandes fortunas territoriales de Europa, el duque de Orleáns arriesgaba demasiado en un trastorno político para no temer hasta su posibilidad. Aunque hijo de regida, era Borbón: el derrumbamiento del trono de Luis XVI le había condenado á la ruina y á un destierro de veintidós años; la caída del trono de Carlos X podía arrastrarlo por segunda vez en el naufragio de su raza. Únicamente le separaba de la realeza un niño, el duque de Burdeos, y las probabilidades de llegar á ella, si no él mismo, al menos uno de sus hijos, contribuían también á alejar de su espíritu hasta el pensamiento de arriesgar su existencia opulenta y tranquila y el porvenir de todos los suyos en los azares de las revoluciones. Su afán de estar bien con todos los partidos era efecto de su carácter, falto de franqueza y de elevación, y de su deseo de reservarse una posición distinta de la de sus parientes en caso de una nueva catástrofe que él vislumbraba, como la veían venir las potencias extranjeras desde la subida del ministerio Polignac al poder.

Los embajadores de las diferentes naciones, en París, no dejaban ignorar á sus gabinetes la irritación del rey, los designios de sus consejeros y el estado del espíritu público. Esta situación inquietaba á Europa; en todas partes fermentaban gérmenes de odio ó de rebelión; Polonia sufría impaciente el yugo de Rusia; manifestábanse amenazadores síntomas de descontento contra la dominación austriaca en Lombardía, en los Estados venecianos, en Hungría y hasta en Bohemia;

Bélgica empezaba contra el rey de los Países Bajos una lucha que iba á conducir á un desmembramiento; las provincias renanas elevaban contra el gobierno prusiano las quejas más vivas; la Italia central se disponía á una sublevación. En tales circunstancias, una chispa revolucionaria salida de París podía abrasar al continente. «El emperador opina que, si se sale de la Carta, se corre el riesgo de una catástrofe,» escribió á Polignac el Sr. de Montemart, embajador de Francia en Rusia. «Si el rey quiere intentar un golpe de Estado, soportará la responsabilidad, había añadido Nicolás en una conversación particular con el mismo embajador; Carlos X debe recordar que los aliados, en el tratado de París, garantizaron la Carta lo mismo que la legitimidad de los Borbones.» Por su parte, Metternich decía al Sr. de Reyneval, representante de Francia en Viena: «Vuestras dos grandes llagas son la ley electoral y la libertad de imprenta; pero no opino que se las deba atacar con brutalidad. No podéis llegar á suprimirlas más que por medio de las Cámaras; la Europa no puede prestarse á otra cosa: un golpe de Estado sería la perdición de la dinastía.» Europa hubiera aplaudido á la supresión del gobierno constitucional en Francia, si esto hubiera podido ser; pero la inteligencia y el carácter de Carlos X inspiraban poca confianza á los soberanos y á sus ministros.

Afecto á sus amigos, que supo conservar hasta en el trono, bienhechor y liberal hasta la prodigalidad, Carlos X, como hombre, era leal, bueno, generoso, incapaz de cometer, no una crueldad, sino una injusticia siquiera. Como rey, profesaba sobre la extensión de su prerrogativa y sobre los privilegios de su dignidad opiniones que oscurecían en él, hasta cierto punto, el sentido moral y el sentido político. Para este príncipe, la Carta era una concesión de la corona, que ésta no tenía obligación de respetar desde el momento que se abusase de ella para despojar á la realeza de los derechos que se había reservado. Y la realeza, tal como la comprendía Carlos X, era la que sus abuelos habían ejercido y que él mismo había conocido en Versalles, cuando el derecho omnipotente del soberano no dejaba á los súbditos más que obligaciones y deberes. Polignac no ejercía sobre el rey la influencia que muchos han supuesto. No fué él quien formó el ministerio del 8 de agosto; fueron el rey y el Delfín.

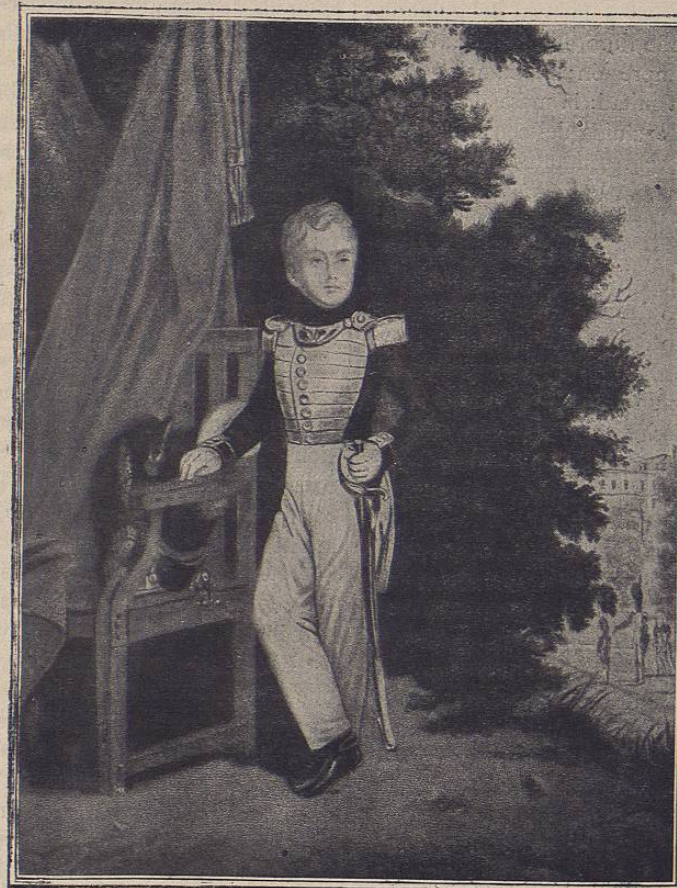
La guarnición de París y de sus suburbios, únicas fuerzas que de momento podía utilizar el gobierno para reprimir toda tentativa de insurrección, se componía de 19.000 hombres, entre infantería y caballería, y 48 cañones. Polignac creyó un momento poder dar otro apoyo á la causa de su monarca. La probabilidad de un golpe de Estado era tan evidente, que los realistas del Oeste, temiendo por el resultado, acordaron ponerse, en caso de lucha, á la disposición del rey, para sostener el golpe de Estado, si el gobierno consentía en operar ciertos cambios de personal en determinados mandos militares.

Cada domingo acudían al palacio de Saint-Cloud, residencia veraniega de Carlos X, algunos personajes atraídos por el deseo de hacer acto de presencia y de cortesanía al rey. El domingo, 25 de julio, las visitas palaciegas pudieron observar señales de honda preocupación en el monarca y en sus ministros. Después de

la misa y la recepción de costumbre, Carlos X retiróse á su gabinete particular con sus consejeros.

El prefecto de policía, Sr. Mangín, figuraba en el número de los funcionarios que habían ido á complimentar al rey. Algunos ministros, á quienes el Sr. de Vitrolles acababa de hablar de la efervescencia de los ánimos y de la resistencia que encontraría toda medida de vigor, aunque fuese legal, mandaron llamar al prefecto, y, sin enterarle de las resoluciones que iban á tomar, le

ambas manos, y permaneció algunos instantes sumido en una especie de meditación. Luego alzó la cabeza, cubierta de canas, y dijo, tomando otra vez la pluma: «Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que es imposible otra cosa;» y firmó. Los ministros firmaron después del rey, y cada uno de ellos, al dejar la pluma, se levantó é hizo una profunda reverencia al soberano. Aquel mudo y absoluto acatamiento á su voluntad pareció impresionar vivamente á Carlos X. «Se-



El duque de Burdeos, copia de un grabado de Cardon, 1826
(Biblioteca Nacional, París)

preguntaron si era cierto que la opinión pública presentaba una agitación alarmante. Mangín contestó: «Hágase lo que se haga, París no se moverá; respondo de ello con mi cabeza.» En seguida se abrió el consejo. Los diferentes decretos acordados en reuniones anteriores fueron leídos, en presencia del rey, lo mismo que el preámbulo destinado á justificarlos. Terminada la lectura, Polignac manifestó de nuevo que estaban tomadas todas las disposiciones para asegurar la ejecución de los actos sometidos á la aprobación del consejo; dijo que tenía medios de reprimir en el acto toda tentativa de resistencia. El rey consultó por orden de importancia á las personas presentes. El Delfín hizo una señal afirmativa con la cabeza. Los ministros aprobaron sucesivamente la redacción definitiva de los decretos, sin que ninguno de ellos hiciera la menor observación. Carlos X se dispuso á firmar; pero en el momento de poner su nombre al pie de los papeles puestos delante de él, el viejo monarca se detuvo, apoyó la frente en

los brazos, dijo á sus consejeros, después de consumado el sacrificio, estas son graves medidas. Podéis contar conmigo, como yo cuento con vosotros. De hoy más corremos la misma suerte.»

El lunes, 26 de julio, el *Monitor* publicó cinco decretos precedidos de un preámbulo redactado por Chantelauze, ministro de la Justicia, en nombre de todos los consejeros de la corona, que lo firmaban. Este preámbulo exponía la situación política interior de Francia; dirigido exclusivamente contra la prensa, señalaba sus inconvenientes y sus abusos y la presentaba como causa de todos los males del país, como un disolvente enérgico al que ninguna fuerza, institución ni gobierno podía resistir; como una escuela de escándalo, de licencia y de mentira que empezaba á alterar profundamente las costumbres y el carácter de la nación; como un objeto de alarma para las personas de bien y amigas del orden. Los ministros sólo se ocupaban incidentalmente de la cuestión electoral. «Ningún gobierno del mundo,

decían al final del preámbulo, se sostendría si no tuviese el derecho de atender á su seguridad. Este poder es anterior á las leyes, puesto que está en la naturaleza de las cosas. Imperiosas necesidades se oponen á diferir su ejercicio, y ha llegado el momento de recurrir á medidas que *entran en el espíritu de la Carta*, pero que están fuera del orden legal, cuyos recursos han sido todos inútilmente agotados.» Estas medidas constituían el objeto de cuatro decretos cuyo resultado era el siguiente: la libertad de imprenta destruída y la publicación de los periódicos puesta á merced del gobierno; supresión facultativa de todo libro, folleto, etc., de menos de veinte pliegos de impresión; la Cámara de diputados reducida á casi la mitad; la masa de ciudadanos que pagaban patente, excluída del censo electoral, donde sólo figuraban los representantes de la propiedad territorial; tres cuartas partes de los electores desposeídos del voto directo; la elección convertida en privilegio de un corto número de propietarios mayores contribuyentes de cada departamento; el derecho de enmienda directo quitado á una y otra Cámara. Pero todos estos detalles habían de escapar á los lectores del diario oficial; ninguno de ellos tuvo la calma necesaria para analizar los decretos; un solo hecho dominaba sus disposiciones, y era el reto lanzado; la corona acababa de violar la Carta; el *golpe de Estado* anunciado desde hacía tanto tiempo había estallado ya; el régimen constitucional quedaba roto.

Muchos periodistas y ex diputados de la oposición liberal, llenos de estupor, se reunieron inmediatamente en las redacciones del *Nacional* y *El Constitucional*, en casa de Casimiro Périer y otros puntos. «¿Qué hacemos?», se decían, sin que ninguno se atreviese á tomar una resolución. En una de estas reuniones, presidida por el Sr. de la Borde, diputado de París, y celebrada en las oficinas del *Nacional*, se acordó, á propuesta de Thiers, una protesta colectiva de la prensa constitucional, cuya redacción, confiada á una comisión compuesta del mismo Thiers, redactor en jefe del *Nacional*, Cauchois-Lemaire, redactor del *Constitucional*, y Châtelain, redactor en jefe del *Correo francés*, fué reservada exclusivamente al primero por los otros dos individuos de la comisión. Mientras Thiers redactaba en el acto la protesta, las oficinas del *Nacional* se llenaban de personas que traían noticias de la situación de París. *El pueblo no se mueve*, decían muchos con desaliento, sin tener en cuenta que la noticia del golpe de Estado no había podido llegar todavía á conocimiento de la clase trabajadora, y que las masas, siempre tardías en comprender las cosas políticas, son lentas en moverse. Otros, en cambio, referían que en el Palais-Royal, punto céntrico, donde abundaban los cafés y gabinetes de lectura, varios jóvenes, encaramados en sillas al pie de los árboles del jardín, leían en alta voz el *Monitor* á diversos grupos de curiosos, que se renovaban sin cesar, yendo á propalar la noticia por todos los ámbitos de la ciudad. Mientras tanto, Thiers acababa de redactar su minuta de protesta, que contenía, entre otros, los siguientes pasajes:

«...El régimen legal queda, pues, interrumpido, y ha empezado el de la fuerza.

»En la situación en que se nos coloca, la obediencia cesa de ser un deber. Los primeros llamados á obede-

cer son los periodistas, y deben ser los primeros en dar el ejemplo de la resistencia á la autoridad, que se ha despojado del carácter de la ley. Las razones en que se apoyan son tales, que basta enunciarlas.

»La Carta, artículo 8, dice que los franceses, en materia de imprenta, han de sujetarse á las leyes; no dice á los decretos. La Carta, artículo 35, dice que la organización de los colegios electorales será dispuesta por las leyes; no dice por los decretos.

»...Hoy, pues, el gobierno ha violado la legalidad. Estamos dispensados de obedecer; procuraremos publicar nuestros periódicos sin pedir la autorización que se nos impone.

»No hemos de trazar sus deberes á la Cámara ilegalmente disuelta; pero podemos suplicarle, en nombre de Francia, que se apoye en su derecho evidente y resista, en cuanto de ella dependa, á la violación de las leyes. Ese derecho es tan cierto como el en que nos apoyamos. La Carta dice, artículo 50, que el rey puede disolver la Cámara de los diputados; mas para eso es preciso que se haya reunido, constituído en Cámara; antes de la reunión y la constitución de la Cámara, no hay más que elecciones hechas. ¡Pues bien!, en ninguna parte dice la Carta que el rey puede anular las elecciones. Los decretos publicados hoy no hacen más que anular las elecciones; por consiguiente, son ilegales porque hacen una cosa que la Carta no autoriza. Los diputados elegidos, convocados para el 3 de agosto, quedan bien y debidamente elegidos y convocados. Su derecho es el mismo hoy que ayer. Francia les suplica que no lo olviden. Deben hacer cuanto puedan para hacer prevalecer ese derecho.

»El gobierno ha perdido hoy el carácter de legalidad que obliga á la obediencia. Nosotros le resistimos en lo que nos concierne; á Francia le toca juzgar hasta dónde debe extenderse su propia resistencia.»

La minuta fué aprobada sin modificación alguna, y cuarenta y cuatro escritores firmaron la protesta, que vino á ser el primer acto influyente, el punto de partida de la resistencia activa. Los diputados Bérard y Laborde, que asistían al acto, fueron á ver si reunirían en casa de este último el mayor número posible de individuos de la Asamblea, mientras muchos de los escritores congregados en el *Nacional* se dispersaban para llevar á los principales barrios de París la energía que les animaba.

En los puntos más céntricos de la ciudad, y particularmente en la Bolsa, reinaba mucha efervescencia. El papel del Estado bajó de un golpe cuatro enteros. Todo el mundo estaba consternado. La fuerza pública empezó á intervenir para dispersar en el Palais Royal grupos de curiosos, que no ofrecían, sin embargo, más que una resistencia pasiva. Oyéronse algunos gritos de «¡viva la Carta!» «¡abajo Polignac!» Uno de los grupos retiróse para ir á la plaza Vendôme y al ministerio de Negocios extranjeros.

Mientras tanto, los ministros se ocupaban con toda calma en el despacho de los asuntos corrientes. Después de haber leído el *Monitor*, el prefecto del Sena acudió á pedir instrucciones al ministro del Interior, y éste le contestó que no tenía ninguna orden que darle; y la misma contestación dió el prefecto al coronel de la gendarmería de París que, á su vez, había acudido

pensando que habría importantes medidas que tomar.

Igual tranquilidad existía en Saint-Cloud. Carlos X había salido á las siete de la mañana para ir á cazar en Rambouillet. Marmont, duque de Ragusa, que se hospedaba momentáneamente en este palacio, como mayor general de servicio, á las once de la mañana aún ignoraba el golpe de Estado; fué su primer ayudante, el coronel Komierowski, el que le enteró de la publicación de los decretos. En 1823 y 1828 Marmont había solicitado el mando de las expediciones de España y de Morea, y últimamente había esperado que el gobierno le confiara la de África por lo mucho que había contribuído con sus consejos á que Polignac y el Delfín se resolviesen á ella. Marmont se preguntaba si habían querido retenerle en París para la defensa de los decretos, si todas las negativas de que se quejaba habían de tener por resultado el aumentar su impopularidad, infligiéndole el principal papel en la represión de los trastornos que aquellas medidas podían ocasionar. Tales eran las ideas que atormentaban el espíritu de este mariscal cuando llegó al Instituto para asistir á la sesión pública y semanal de la Academia de Ciencias, de que era miembro; sesión en la cual su viejo é íntimo amigo Arago había de leer el elogio de Fresnel. «¿Sabéis que los insensatos han llevado las cosas al último extremo?, dijo al ilustre sabio. Vos no lo sentiréis más que como ciudadano, como buen francés; pero figuraos si tendré yo motivos de queja, cuando, como militar, quizás me vea obligado á exponer mi vida por actos que aborrezco y por gentes que hace tiempo parecen buscar todos los medios imaginables para fastidiarme.»

Mientras el duque de Ragusa profería estas quejas en una de las salas del Instituto, algunos electores, reunidos en las oficinas del *Nacional*, discutían, bajo la presidencia del diputado liberal Sr. Mérilhou, los medios de oponer á aquellos decretos la defensa más enérgica. Hacía ya tiempo que se debatían varias proposiciones, y principalmente la resistencia á pagar los impuestos y la reorganización de la guardia nacional, cuando el barón de Schonen, diputado, antiguo miembro de la Venta suprema de los Carbonarios y consejero del real tribunal de París, tomó impetuosamente la palabra y exclamó: «¡Ya no se trata de discutir, sino de obrar! ¡Hay que traducir en actos los principios que hemos proclamado! ¡Debemos oponer la violencia á la violencia y rechazar la fuerza con la fuerza!» La reunión aplaude con entusiasmo al barón de Schonen, aprueba por unanimidad la resistencia al pago de los impuestos, y resuelve el nombramiento de comisiones encargadas de organizarla inmediatamente en los doce distritos de París. Háblase luego de la reorganización de la guardia nacional; muchos electores proclaman que es necesario declararse en insurrección abierta. «¡Ojalá!, dice Thiers; pero no se hace una insurrección sin nada. ¿Con qué contáis para sosteneros? El pueblo no se mueve. ¿Qué haréis contra los cañones y las tropas?» Después de largos debates, acordóse que una comisión, acompañada por el Sr. de Mérilhou, fuese á entenderse con los diputados, que en aquel momento se hallaban reunidos en casa de Laborde. Pero esta última reunión, á la que no asistieron más que catorce diputados, no tomó más acuerdo que el de volver á reunirse el día siguiente en casa de Casimiro Périer.

El grupo de paisanos que del Palais Royal se fué al ministerio de Negocios extranjeros apedreó el coche del ministro, las ventanas de su despacho y los faroles de las cercanías. Pero este incidente no turbó la calma de Polignac; enterado de la baja de los fondos por el comisario de policía de la Bolsa, le contestó: «Eso no es nada; la renta volverá á subir; si yo tuviese capitales disponibles, no vacilaría en comprar.» Y es que la pasión de algunos realistas y el servilismo del mundo oficial mantenían al ministerio en la más completa ilusión. Polignac recibió durante aquel día numerosas felicitaciones verbales y escritas «por la enérgica actitud que al fin acababa de adoptar la monarquía;» y el ministro de Instrucción pública vió por la noche invadidos sus salones por una multitud extraordinaria de postulantes y cortesanos, muchos de los cuales eran señalados como liberales y que le colmaron de halagos que la fortuna había de convertir tres días después en invectivas contra él y en imprecaciones contra el príncipe á quien servía de ministro.

El rey volvió muy tarde de su cacería de Rambouillet. Eran ya las once de la noche cuando llegó á Saint-Cloud, donde encontró á Marmont que esperaba sus órdenes para la misma noche y el día siguiente. «¿Hay novedad?, preguntó precipitadamente al mariscal. — Mucha inquietud é indignación en París, señor, y una gran bajada de los fondos públicos. — ¿Cuánto han bajado?—Cuatro ó cinco enteros.—Ya volverán á subir,» replicó el príncipe. Carlos X dió la acostumbrada orden, y cada cual se retiró.

El día siguiente, 27 de julio, Marmont, que acostumbraba pasar el martes de cada semana en la casa de campo de uno de sus amigos, se disponía á partir cuando Carlos X le mandó á llamar y le dijo: «Parece que hay disturbios en París; id allí y tomad el mando de las tropas. Si esta noche todo está tranquilo, podréis volver á Saint-Cloud. En cuanto lleguéis, avistaos con el Sr. de Polignac.» El duque de Ragusa obedeció. Llegó cerca de las doce al ministerio de Negocios extranjeros y recibió de manos del presidente del consejo la real orden que le confiaba «el mando superior de las tropas de la primera división militar.» A la una, Marmont se instaló en el Estado mayor general de la guardia, plaza del Carrousel, donde no se había tomado disposición alguna para recibirle; ni siquiera estaban acuarteladas las tropas, y hasta que los soldados acudieron para el pase de lista de las cuatro, no se les pudo hacer tomar las armas. Los primeros destacamentos no se hallaron en disposición de obrar hasta las diez de la noche. La gendarmería y los soldados de guardia fueron las únicas fuerzas empleadas por la autoridad durante aquel día para reprimir la agitación que empezaba á manifestarse en todos los barrios, adquiriendo proporciones que el gobierno no había previsto. Ya no eran los periodistas y los electores los únicos que, en las primeras horas del martes, se disponían á resistir; toda la clase media y las clases trabajadoras seguían su ejemplo. La Restauración fué popular entre la clase media mientras hizo esperar que la paz y la libertad sucederían á las largas y sangrientas guerras y al intolerable despotismo del Imperio. Pero á las esperanzas siguieron pronto las desilusiones y el descontento; y la irritación que iba á impulsar á la burguesía